en mí una cosa extraordinaria. Mis años pasados resucitaban, y me rodeaban como un círculo de fantasmas; mis épocas de pasion volvíanseme á presentar con su ardor y su tristeza. Mi vida, destrozada por la muerte de Mad. de Beaumont, habia quedado vacía: formas aéreas, hurís ó sueños, saliendo de este abismo, me tomaban por la mano y me volvian á conducir al tiempo de la sílfide. Trasladábanme lejos del sitio que ocupaba, y veia otros horizontes. Una influencia secreta me impelia hácia las regiones de la aurora, adonde por otra parte me arrastraba el plan de mi nuevo trabajo y la voz religiosa que me relevó del voto de la aldeana, mi nodriza. Como todas mis facultades habian tomado un notable incremento; como nunca habia abusado de la vida, abundaba esta en la savia de mi inteligencia, y el arte, triunfando dentro de mi naturaleza, se unia á mis poéticas inspiraciones. Sentia lo que los padres de la Tebaida llaman *ascensiones* del corazon. Rafael (perdóneseme lo blasfemo de la comparacion); Rafael, ante la trasfiguracion, diseñada únicamente sobre su caballete, no se hallaba tan electrizado por su obra maestra como lo estaba yo por Eudoro y Cimodocea, personajes cuyos nombres ignoraba aun, y cuya imágen entreveia á través de una atmósfera de amor.

De esta manera el genio nativo que me ha atormentado en la cuna vuelve á veces á reproducirse despues de haberme abandonado; de este modo se renuevan mis antiguos sufrimientos; ningun dolor se apaga en mí por completo; si mis heridas se cierran un instante, se renuevan repentinamente como las de los crucifijos de la edad media, que destilaban sangre en el aniversario de la Pasion. No me queda otro recurso para atenuar estas crísis que dar un libre curso á la fiebre de mi pensamiento lo mismo que se abren las venas cuando la sangre afluye al corazon ó sube á la cabeza. ¿Pero qué digo? ¡Religion! ¿Dónde se halla tu poder, tus leyes, tu bálsamo? ¿No escribo todo esto muchos años despues de escritas las páginas de *René*? ¡Tenia mil razones para creerme muerto, y vivo aun! ¡Gran bondad es esa! Estas aflicciones del poeta aislado, condenado á sufrir la primavera á despecho de Saturno, son desconocidas al hombre que no sale de las leyes comunes: para él los años son siempre jóvenes. «Los cabritillos monteses, dice Oppiano, velan por el autor de sus dias; cuando este llega á caer en las redes del cazador, ellos le presentan con su boca la yerba tierna y florida que van á coger muy lejos, y le traen en el borde de sus labios agua fresca del mas cercano arroyo.»

VUELTA Á LYON.

De vuelta á Lyon, me encontré con cartas de monsieur Joubert; anunciábame en ellas su imposibilidad de ir á Villeneuve antes del mes de setiembre. Yo le contesté:—«Vuestra salida de París se halla demasiado lejana, y lo siento mucho; ya conoceis que mi esposa no querrá por ningun estilo llegar á Villeneuve antes que vos; tiene una cabeza á su modo, y desde que se halla á mi lado, me encuentro á la cabeza de dos cabezas muy difíciles de gobernar. Permaneceremos en Lyon, donde nos hacen comer tan bien, que apenas tengo valor suficiente para abandonarle. El abate de Bonnevie se halla aquí de vuelta de Roma, y está muy bueno; siempre alegre, sermonea, y no se acuerda de sus desgracias; me encarga os envie un abrazo suyo, y se dispone á escribiros. En fin, todo el mundo se halla alegre, escepto yo; únicamente vos sois el regañon. Decid á Mr. de Fontanes que he comido en casa de Mr. Saget.»

Este Mr. Saget era la providencia de los canónigos: vivia cerca de Sainte-Foix, en la religion del buen vino. Se subia á su casa sobre poco mas ó menos por el sitio en que Rousseau habia pasado la noche á orillas del Saone.

«Me acuerdo, dice, de haber pasado una noche deliciosa fuera de la ciudad, sobre un camino que costea el Saone. Una cordillera de jardines bordeaba el camino por el lado contrario del rio: habia hecho aquel dia un calor escesivo; la noche estaba hermosa, y el rocío humedecia la florida yerba; no se movia viento alguno, y la noche estaba tranquila y la atmósfera fresca, sin ser fria; el sol, despues de puesto, habia dejado sobre el cielo vapores rojizos, que reflejaban sobre el agua, matizándola de ráfagas de color de rosa. Los árboles estaban poblados de ruiseñores, que se contestaban unos á otros. Paseábame con una especie de éxtasis, entregando mis sentidos y mi corazon al goce de todo esto, y suspirando únicamente por el disgusto de disfrutarlo á solas. Absorto en mis agradables ensueños, prolongué mi paseo hasta muy entrada la noche, sin notar que estaba cansado. Conocílo por fin; recosteme voluptuosamente sobre una puertecilla de una cerca; el cielo de mi cama estaba formado por las copas de los árboles; un ruiseñor se hallaba justamente sobre aquellas copas: me dormí arrullado por su canto; mi sueño fue dulce; el momento de despertar lo fue aun mas. Era ya muy entrado el dia, y mis ojos al abrirse vieron el agua, el verdor y un paisaje admirable.»

Con el encantador itinerario de Rousseau en la mano podia llegarse hasta la casa de Mr. Saget. Este viejo y delgado solteron, casado en otro tiempo, llevaba una gorra verde, una levita de camelote gris, un pantalon de nankin, medias azules y zapatos de castor.

Habia vivido mucho tiempo en París, donde habia estado en relaciones con Mlle. Devienne. Esta le escribia cartas muy espirituales, le saqueaba y le daba muy buenos consejos: él no hacia caso, porque nunca miraba el mundo por el lado serio, creyendo, al parecer, como los mejicanos, que el mundo habia gastado ya cuatro soles, y que en el último (que es el actual) los hombres habian sido cambiados en monos. No se cuidaba del martirio de San Pothin y de San Ireneo, ni de la degollacion de los protestantes colocados uno al lado de otro por órden de Mandelot, gobernador de Lyon, y que todos tenian cortado el cuelle de un mismo lado. Frente á frente del campo de los fusilamientos de los Broteaux me contaba los detalles en tanto que se paseaba por entre sus cepas, intercalando su narracion con algunos versos de Loyse Labbé: no hubiera dejado de tomar un solo bocado durante las últimas desgracias de Lyon en tiempo de la cartaverdad.

En ciertas épocas aparecia en su mesa una cierta cabeza de ternera marina por espacio de cinco noches, cocida en vino de Madera y rellena de cosas muy apetitosas. Algunas muchachas del campo, muy lindas, servian á la mesa, propinando excelente vino de su cosecha, encerrado en frascos de la cabida de tres botellas. Yo, y el capítulo de sotanas, nos inclinábamos ante el festin Saget.

Nuestro anfitrion dió pronto fin á sus provisiones: en la ruina de sus últimos momentos fue recogido por dos ó tres antiguas queridas que habian saqueado su vida, «especie de mujeres, dice San Cipriano, que viven como si pudiesen ser amadas, *quæ sic vivis ut possis adamari.*»

VIAJE Á LA GRAN CARTUJA.

Nos arrancamos á las delicias de Capua para ir á visitar la Cartuja, siempre con Mr. Ballanche. Alquilamos una carretela, cuyas ruedas remendadas hacian un ruido espantoso. Llegados á Voreppe, nos detuvimos en una posada en lo mas alto de la ciudad. Al siguiente dia, al amanecer montamos á caballo, y salimos precedidos de un guia. En el pueblo de San Lorenzo, al pié de la Gran Cartuja, atravesamos la puerta del valle, y seguimos por entre las rocas el camino que sube al monasterio. Os he hablado ya, á propósito de Combourg, de lo que esperimenté en aquel sitio. Edificios abandonados se veian aquí y allí bajo la vigilancia de un guarda de ruinas. Un pobre hombre habia permanecido en aquellos lugares para cuidar á un solitario enfermo que acababa de morir: la religion habia impuesto á la amistad la fidelidad de la obediencia. Vimos la estrecha sepultura cubierta recientemente: Napoleon, al mismo tiempo, se preparaba á abrir otra sepultura inmensa en Austerlitz. Nos enseñaron el convento, las celdas, cada una de las cuales tenia un jardin y un taller. Veíanse allí bancos de tornero y tornos: la mano habia dejado escapar el buril. Una galería presentaba los retratos de los superiores de la Cartuja. El palacio ducal en Venecia conserva la sucesion de los *ritratti* de los dux; ¡sitios y recuerdos distintos! Mas allá nos condujeron á la capilla del recluso inmortal, de Le Sueur.

Despues de haber comido en una gran cocina, volvimos á ponernos en marcha, y nos encontramos á Mr. Chaptal llevado en un palanquin como un rajáh, boticario en otro tiempo, despues senador, luego propietario de Chanteloup é inventor del azúcar de remolacha, ávido heredero de las bellas rosas indianas de Sicilia, perfeccionadas por el sol de Otahiti. Al volver á bajar por las selvas, hallaba pensando á los antiguos cenobitas. Por espacio de siglos enteros se ocuparon en llevar sobre sus hombros plantas de abeto cubiertas de tierra, que despues se han convertido en árboles sobre las rocas. ¡Felices vosotros, que cruzásteis el mundo sin ruido, y que no volvísteis la cabeza hácia él en vuestra travesía!

Apenas llegamos á la puerta del Valle, cuando estalló una tempestad; precipitábase un diluvio sobre aquellas rocas, y torrentes de agua salian de todos los barrancos. Mad. de Chateaubriand, á quien daba alas el miedo, galopaba por encima de los guijarros: y en medio de los relámpagos y de la lluvia habia arrojado su paraguas para oir mejor los truenos; el guia le gritaba:—«¡Encomendad vuestra alma á Dios! En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu-Santo.» Llegamos á Voreppe con repique de campanas; los restos de la tempestad estaban ante nuestros ojos. Veíase de lejos el incendio de un pueblo, y la luna asomaba la parte superior de su disco por cima de las nubes, como la pálida y calva frente de San Bruno, fundador de la órden del silencio. Mr. Ballanche, empapado por la lluvia, decia con su inalterable tranquilidad:—«Estoy como el pez en el agua.» En este año de 1838 he vuelto á ver á Voreppe; ya no habia tempestad, pero me quedan dos testigos, Mad. de Chateaubriand y Mr. Ballanche.

De vuelta á Lyon, dejamos allí á nuestro compañero, y marchamos á Villeneuve. Os he referido ya lo que era esta pequeña ciudad, mis paseos y mis recuerdos á orillas del Jonne con Mr. Joubert. Vivian allí tres viejas solteronas, las señoritas de Piat; me recordaban las tres amigas de mi abuela en Plancouet, con la sola diferencia de posicion social, Las vírgenes de Villeneuve murieron sucesivamente, y me acuerdo de ellas á la vista de los escalones cubiertos de yerba que hay á la puerta de su casa deshabitada. ¿Qué decian en sus tiempos estas señoritas de aldea? Hablaban de un perro y de un manguito que su padre las habia comprado en otro tiempo en la feria de Sens. Esto me entretenia tanto como el concilio de esta misma ciudad, en que San Bernardo hizo condenar á Abelardo, mi compatriota. Las vírgenes del manguito, ¿eran tal vez otras tantas Eloisas? ¡Algun dia tal vez tuvieron amores, y sus cartas, halladas algun dia, admirarán al porvenir! ¿Quién sabe? Quizá escribian á su *señor*, *á su padre*, *á su hermano*, *á su esposo*: «*domino suo imo patri, etc.*,» que se creian honradas con el nombre de *amiga*, con el de *querida* ó *cortesana*, *Concubinæ vel scorti.* «Con todo su saber, dice un grave doctor, encuentro que Abelardo hizo una admirable locura cuando sobornó de amor á Eloisa su discípula.»

MUERTE DE MADAMA DE CAUD.

Esperábame en Villeneuve un gran sentimiento. Para poderlo contar preciso es trasladarnos á algunos meses antes de mi viaje á Suiza. Ocupaba aun la casa de la calle de Miromesnil, cuando en el otoño de 1804 vino Mad. de Caud á París. La muerte de Mad. de Beaumont acabó de alterar la razon de mi pobre hermana; poco era menester para que no creyese en esta muerte, para que sospechase que habia algun misterio en aquella desaparicion, y para que colocase al cielo en el número de enemigos que se complacian en sus desgracias. Ya en aquella época nada poseia; habíale yo escogido una habitacion en la calle de Caumartin, engañándola con respecto al precio del alquiler, y tambien sobre los gastos de su comida, ajustándome con un fondista. Como una llama próxima á extinguirse, su imaginacion despedia una vivísima luz, que la iluminaba enteramente. Trazaba algunos renglones que arrojaba despues al fuego, ó bien copiaba de los libros algunas páginas que se hallaban en armonía con la situacion de su alma. No permaneció mucho tiempo en la calle de Caumartin; se fué á vivir á las monjas de San Miguel, calle del barrio de San Jacobo: Mad. de Navarra era la superiora del convento. Lucila tenia una pequeña celda que daba sobre el jardin: repetidas veces noté que seguia con la vista y con cierta expresion de lúgubre deseo á las religiosas que se paseaban en el cercado por entre los cuadros de hortaliza. Adivinábase en aquella mirada la envidia de la santa, que la hacia aspirar á ser ángel. No puedo menos de santificar estas *Memorias*, conservando en ellas, á modo de reliquias, estas cartas de Mad. de Caud, escritas antes de tomar vuelo hácia su patria inmortal.

17 de enero.

«Tenia yo puesta mi felicidad en tí y en Mad. de Beaumont: me libraba con vuestro recuerdo de mi fastidio y de mis penas; mi única ocupacion era la de amaros. Pero esta noche he reflexionado maduramente sobre tu carácter y sobre tu modo de ser. Como tú y yo nos hallamos siempre vecinos, es menester, al menos asi lo creo, mucho tiempo para conocerme: ¡tantos y tan diversos son los pensamientos que ocupan mi cabeza! ¡Y tanto mi timidez y mi especie de debilidad exterior se halla en oposicion con mi fuerza interior! Demasiado has hecho por mí. Ilustre hermano mio, recibe mi mas sincero reconocimiento por las muestras de amistad que no has cesado de darme. Esta es la última mia que recibirás hoy por la mañana. Por mas que haya querido hacerte partícipe de mis ideas, no por eso quedan en mí con menos integridad.»

Sin fecha.

¿Crees efectivamente, amigo mio, que me hallo al abrigo de la impertinencia de Mr. de Chenedolle? Me hallo decidida á invitarle á no continuar sus visitas, y me resigno á que la del martes sea la última. No quisiera, sin embargo, ofender su cortesanía. Cierro para siempre el libro de mi destino con el sello de la razon; no consultaré mas sus páginas ni para bagatelas ni para las cosas importantes de la vida. Renuncio á todas mis locas ideas; no quiero ocuparme ni afligirme de las de nadie; me entregaré á discrecion

á todos los acontecimientos de mi tránsito por este mundo. ¡Oh, cuánto siento el ocupar tanto la imaginacion sobre mí! De aquí en adelante Dios no puede castigarme sino en tí. Le doy gracias del precioso y querido don que me ha hecho de tu persona, y por haber conservado mi vida sin tacha: estos son todos mis tesoros. Podria tomar por emblema de mi vida á la luna, envuelta en una nube con esta divisa: «Oscurecida muchas veces; empañada nunca.» Adios, amigo mio. Te admirarás de la variacion de mi lenguaje de ayer á hoy. Despues de haberte visto, mi corazon se ha alzado á Dios, y le he colocado íntegro al pié de la cruz, que es su único y verdadero lugar.

Hoy jueves.

«Buenos dias, amigo mio. ¿De qué color son tus ideas de hoy por la mañana. En cuanto á mí, me hallaba ahora pensando en que la única persona capaz de aliviar mis penas cuando temia por la vida de Mad. de Tarcy, era la que me dijo:

—«Está en el órden de las cosas posibles el que murais antes que ella. ¡Oh, qué bien me comprendia! Solo la idea de la muerte puede tranquilizarme por mi porvenir. Me apresuro á dejarte en paz por hoy, pues me siento con deseo de decir cosas muy buenas. Buenos dias, querido hermano. Consérvate dichoso.»

Sin fecha.

«Cuando Mad. de Tarcy existia, hallándome siempre á su lado, no habia conocido la necesidad de tener que asociar mis sentimientos á los de nadie; poseia aquel bien sin conocerlo. Pero desde que hemos perdido esta amiga, y desde que las circunstancias me han separado de tí, comprendo el suplicio de no poder desahogar y refrescar mi imaginacion en la conversacion de alguien; conozco que mis ideas me hacen daño cuando no puedo desembarazarme de ellas, y esto depende seguramente de mi mala organizacion. Con todo, me hallo bastante satisfecha de mi valor desde ayer: no he hecho caso de mis penas ni de la especie de desfallecimiento interior que experimento. Me hallo mucho mas descansada. Continúa siendo siempre cariñoso conmigo: eso será una prueba de humanidad. Adios, amigo mio. Espero me escribas muy pronto.»

Sin fecha.

«No pases cuidado, amigo mio. Mi salud se restablece visiblemente. Muchas veces me pregunto á mí misma por qué me tomo tanto cuidado por ella. Soy como un loco que edificase una fortaleza en medio de un desierto. Adios, mi querido hermano.»

Sin fecha.

«Como sufro mucho de la cabeza esta noche, no he hecho mas que copiar al acaso algunos pensamientos de Fenelon para cumplir mi compromiso.

—»Nunca está uno mas estrecho que cuando se encierra dentro de sí mismo. Por el contrario, nunca se ve uno mas á sus anchas que cuando sale de esta prision para penetrar en la inmensidad de Dios.

—»Pronto hallaremos lo que hemos perdido, porque continuamente nos aproximamos á ello á todo correr. Un paso mas, y ya no tendremos nada que llorar. Nosotros somos los que morimos; lo que amamos no muere nunca.

—»Pretendeis auxiliaros con fuerzas engañosas, tales como las que presta la fiebre ardiente al enfermo. Nótase en vos desde hace algunos dias un esfuerzo convulsivo para mostrar valor y alegría en medio de la agonía.

»Esto es cuanto mi cabeza y mi mala pluma me permiten escribirte por hoy. Si quieres, mañana volveré á empezar mi trabajo, y te diré mas cosas. Buenas noches, amigo mio. No me cansaré de repetirte que mi corazon se inclina respetuosamente ante el de Fenelon, cuya ternura me parece tan íntima, y cuya virtud creo tan elevada. Adios, amigo mio.

»Al despertar te envio mil afectos y te bendigo cien veces. Estoy muy bien hoy por la mañana, y me inquieta el saber si podrás leer lo que he escrito, y si estos pensamientos de Fenelon te parecen bien elegidos. Temo que mi corazon haya perjudicado á mi criterio.»

Sin fecha.

«¿Podrás creer que desde ayer me ocupo únicamente en corregirte? Los Blossac me han confiado con el mayor secreto un romance tuyo. Como encuentro que en este romance no has sacado todo el partido que podias de tus ideas, me entretengo en explanarlas en toda su fuerza. ¿Puede llevarse mas lejos la osadía? Perdonadme, hombre grande, y acordaos de que soy vuestra hermana, y de que me se debe tolerar que abuse un poco de vuestras riquezas.»

San Miguel.

«No volveré á decirte que no vengas á verme, porque no quedando mas que unos cuantos dias que pasar en París, conozco que tu presencia me es esencial. No vayas hasta despues de las cuatro, pues no podré hallarme en casa hasta esa hora. Amigo mio, tengo en mi cabeza mil ideas contradictorias de cosas que me parecen existir y no existir, que me hacen el efecto de objetos visibles únicamente en un espejo, y de cuya realidad no puede uno asegurarse despues, aunque se les ve distintamente. Pero no quiero ocuparme de estas cosas; desde este momento me abandono enteramente. No tengo, como tú, el recurso de cambiar de rio; pero me siento con fuerzas para no dar importancia ninguna á las personas y á las cosas de mi ribera, y para fijarme entera é irrevocablemente en las alturas de la justicia y de la verdad. Un solo temor es el que me ocupa; el de tropezar al pasar y sin querer con el destino de algun otro, y esto no á causa del interés que pudiera tomar por mí, pues no soy lo suficientemente loca para creer en semejante cosa.»

San Miguel.

«Amigo mio: Nunca el sonido de tu voz me ha causado tanto placer como cuando ayer te ví en mis escaleras. Mis ideas en aquel momento querian sobrepujar á mi valor. Un bienestar indecible se apoderó de mí al oirte tan cerca de mí; apareciste, y todo en mi interior volvió á quedar en su órden normal. Experimento á veces en mi corazon una gran repugnancia á beber mi cáliz. ¿Cómo este corazon, que es un espacio tan reducido, puede encerrar tan larga existencia y tantos pesares? Me hallo muy descontenta de mí misma, muy descontenta. Mis negocios y mis ideas me arrastran; no me ocupo casi nada de Dios, y me limito á decirle cien veces al dia:—«Señor, apresuraos á escucharme, porque mi espíritu cae en el abatimiento.»

Sin fecha.

«Hermano mio: No te fastidies de mis cartas ni de mi persona; pienso en que muy pronto te verás libre de mis importunidades. Mi vida despide su última claridad; lámpara que se consume en las tinieblas de una larga noche, y que ve nacer la aurora en que va á morir. Permíteme, hermano mio, que eche una ojeada sobre los primeros momentos de nuestra existencia; acuérdate que muchas veces hemos estado sentados sobre las mismas rodillas; estrechados á un tiempo

contra el mismo pecho; que ya tú derramabas lágrimas por las mias; que desde los primeros dias de tu vida has protegido y defendido mi débil existencia; que nuestros juegos nos reunian, y que he participado de tus primeros estudios. No te hablaré de nuestra adolescencia, del candor de nuestros pensamientos, y de nuestras alegrías, ni de la mutua necesidad que teniamos de vernos continuamente. Si te llevo á lo pasado (te lo digo ingenuamente, hermano mio), es únicamente para hacerme revivir con mas fuerza en tu corazon. Cuando saliste de Francia por segunda vez, me confiaste tu esposa, y me hiciste prometer que no me separaria de ella. Fiel á aquel dulce compromiso, he presentado voluntariamente mis manos á las cadenas, y he entrado en los lugares destinados únicamente á las víctimas consagradas á la muerte. En esa morada no he tenido inquietud alguna que no fuera por tu suerte; interrogaba continuamente los presentimientos de mi corazon. Cuando recobré mi libertad, y en medio de las desgracias que me han abrumado, solo me ha sostenido la idea de nuestra reunion; hoy que pierdo enteramente la esperanza de continuar mi vida al lado de la tuya, ten paciencia con mis quejas. Me resignaré á mi destino solo, y solo por hallarme aun en disputa con él es por lo que sufro tanto; pero cuando me someto á mi suerte... ¡Oh, y qué suerte! ¿Dónde están mis amigos, mis protectores y mis riquezas? ¿A quién importa mi existencia, esta existencia abandonada de todos, y que pesa toda entera sobre sí misma? ¡Dios mio! ¡No son aun bastante carga los males presentes para mi debilidad, sino que añadís á ellos el temor del porvenir. Perdon, mi querido amigo; yo me resignaré; me dormiré con un sueño de muerte sobre mi destino. Pero en los pocos dias que me restan que pasar en esta ciudad, déjame buscar en tí mis últimos consuelos; déjame creer que mi presencia te es agradable. Creo que entre los corazones que te aman, ninguno llega á la sinceridad y á la ternura de mi inútil amistad hácia tí. Llena mi memoria de recuerdos agradables que prolonguen mi existencia á tu lado. Ayer, cuando me hablaste de ir á tu casa, me parecia que te hallabas impaciente y serio, en tanto que tus palabras eran afectuosas. Pues qué, hermano mio, ¿seré yo tambien para tí un objeto de fastidio? Bien sabes que no he sido yo quien ha propuesto la dichosa distraccion de ir á verte, y que te he prometido no abusar de ella; pero si has cambiado tu modo de pensar, ¿por qué no me lo has dicho francamente? Yo no tengo valor contra tus atenciones. En otro tiempo me distinguias algo mas del resto de la multitud, y me hacias mas justicia. Puesto que me esperas hoy, iré á verte á las once. Arreglaremos juntos lo que mas te convenga para en adelante. Te he escrito, segura de que nunca hubiese tenido valor para decirte una sola palabra del asunto de que te hablo en esta carta.»

Esta carta, tan dolorosa y tan digna de admiracion, fue la última que recibí, y no pude menos de alarmarme por el sello de profunda tristeza que en ella se notaba. Corrí al convento, donde encontré á mi hermana paseándose con Mad. de Navarra. Fué á su habitacion inmediatamente que la anunciaron mi visita. Conocíasele que hacia esfuerzos para coordinar sus ideas, y se notaba por intervalos en sus labios un movimiento convulsivo. La rogué que volviese en sí, y que no me escribiese de aquella manera, porque me desgarraba el corazon, juzgando que pudiera yo fastidiarme de ella. Parecióme tranquilizarse un poco con mis palabras; me dijo que el convento la infundia tristeza, y que creia que se encontraria mejor en una habitacion que estuviese junto al jardin botánico, donde podria pasearse y tener médicos á quienes consultar. Aprobé enteramente su opinion, añadiendo que con el objeto de que pudiera estar mejor servida, y de aliviar en su trabajo á Virginia, su doncella, le enviaria al viejo Saint-Germain. Esta proposicion pareció agradarla en extremo, como un recuerdo de Mad. de Beaumont, y me aseguró que desde aquel momento iba á ocuparse de los preparativos necesarios para su nueva habitacion. Me preguntó qué era lo que yo pensaba hacer aquel verano: yo la dije que iria á Vichy, á reunirme con mi esposa, y despues á Villeneuve, á casa de Mr. Joubert, desde donde me volveria á París. La propuse que se viniera conmigo; pero me contestó que deseaba pasar el verano sola, y que pensaba enviar á Virginia á Fougeres. Cuando me despedí de ella, se hallaba mas tranquila.

Mad. de Chateaubriand salió para Vichy, y yo me disponia á seguirla. Antes de dejar á París fuí á ver á Lucila. Hallela muy razonable y afectuosa; me habló de algunos trabajos literarios que habia emprendido, de los cuales he publicado ya algunos fragmentos en el tomo tercero de estas *Memorias*. Animé al gran poeta porque continuase su trabajo; me abrazó, y me deseó un feliz viaje, haciéndome prometerla que no tardaria en dar la vuelta; me acompañó hasta la escalera, y me miró bajar tranquilamente. Cuando me hallé al pié de ella, me detuve, y levantando la cabeza, dije á la desgraciada, que no apartaba los ojos de mí:—«Adios, querida hermana; no tardaré en volver: cuidate mucho, y escríbeme á Villeneuve, que yo tambien te escribiré. Espero que el próximo invierno accederás á vivir con nosotros.»

Por la tarde hablé con el buen Saint-Germain; le di órdenes y dinero para que secretamente pudiera disminuir el precio de las cosas que necesitase mi hermana. Le encargué que me tuviese al corriente de todo, y que no dejara de mandarme á llamar en el caso de que mi presencia fuese necesaria. Pasaron tres meses. Al llegar á Villeneuve me encontré con dos cartas muy satisfactorias sobre el estado de salud de Mad. de Caud; pero Saint-Germain se olvidaba de hablarme de la nueva habitacion y de los asuntos domésticos de mi hermana. Habia yo empezado á escribirle una larga carta, cuando Mad. de Chateaubriand cayó enferma de mucho cuidado; hallábame al lado de su cama, cuando me entregaron una carta de Saint-Germain; la abrí: aquella carta cruel me anunciaba la muerte de Lucila.

El cielo me ha dado el encargo de los últimos restos de muchas personas durante mi vida, pero estaba escrito y era sin duda destino de mi hermana que sus cenizas serian arrojadas al cielo. Hallábame lejos de París en el momento de su muerte; no tenia en aquella ciudad ningun pariente; detenido en Villeneuve por el peligroso estado de mí esposa, no pude ocuparme de aquellos sagrados restos. Mis disposiciones llegaron demasiado tarde para anticiparse á una inhumacion comun. Lucila vivia aislada, y no tenia amigo ninguno; no era conocida mas que del viejo servidor de Mad. de Beaumont, como si este fuera el encargado de reunir aquellos dos destinos. El fue el único que acompañó á aquel abandonado ataud, y tambien él murió antes de que el estado de salud de mi esposa me permitiese trasladarla á París.

Mi hermana fue enterrada entre los pobres. ¿En qué cementerio fue depositada? ¿En que ola inmóvil de aquel océano de insectos fue sumergida? ¿En qué morada espiró? Aun cuando al hacer indagaciones, consultando los archivos de los ayuntamientos y los registros de las parroquias, pudiese hallar el nombre de mi hermana, ¿de qué me serviria? ¿Hallaria, por ventura, al mismo conserge de la fúnebre morada? ¿Podria encontrar al que abrió en la tierra una sepultura sin nombre y sin epitafio? Las toscas manos que tocaron las últimas una arcilla tan pura, ¿habrán conservado su recuerdo? ¿Qué historiador de sombras podria indicarme aquella perdida huesa? ¿No seria posible que equivocara las cenizas? ¡Puesto que el cielo lo

quiso asi, quede Lucila perdida para siempre! En este misterio de localidad hallo una distincion entre esta y las demás sepulturas de mis amigos. Mi antecesora en este mundo y en el otro ruega por mí al Redentor, y alza su voz de entre las cenizas de los indigentes, con quienes se halla confundida; del mismo modo reposa perdida entre los predilectos de Jesucristo la madre de Lucila y la mia. Dios habrá sabido reconocer á mi hermana, y esta, que tan poco unida se hallaba á la tierra, no debia dejar en ella huella alguna. La santa por inspiracion me ha abandonado, y no ha pasado un solo dia en que no haya regado con lágrimas su memoria. Lucila gustaba del aislamiento: le he formado un desierto en mi corazon, y no saldrá de él hasta que yo haya cesado de existir.

¡Estos son los verdaderos, los únicos acontecimientos de mi vida material! ¿Qué me importaban en el momento en que perdia á mi hermana los millares de soldados que perecian en el campo de batalla, la ruina de los tronos y el cambio de la faz del mundo?

La muerte de Lucila fue á enturbiar los mas puros manantiales de mi alma. Mi infancia, los primeros vestigios de mi existencia, desaparecian con ella. Nuestra infancia se asemeja á esas frágiles construcciones de ladrillo, sostenidas por botareles, que no se hunden de una vez, sino que se desmoronan sucesivamente. Mad. de Chateaubriand, agobiada bajo el peso de los imperiosos caprichos de Lucila, no vió en su muerte mas que una redencion de su cautividad. Seamos indulgentes si queremos ser llorados; la elevacion de alma y las eminentes cualidades son únicamente apreciadas por los ángeles, y yo no puedo participar en este punto de la opinion de Mad. de Chateaubriand.

París 1839.

Revisado en diciembre de 1846.

AÑOS DE MI VIDA 1805 Y 1806. — VUELTA Á PARIS. — VIAJE Á LEVANTE.

Cuando regresando á París por el camino de Borgoña divisé la cúpula de Val-de-Grace y la media naranja de Santa Genoveva, que domina el jardin botánico, se me oprimió el corazon. ¡Otra compañera de mi vida, abandonada en el camino! Volvimos á nuestra habitacion, y aunque Mr. de Fontanes, Mr. Joubert, Mr. de Clausel y Mr. Molé me acompañaban por las noches para distraerme, me hallaba ya tan trabajado por los recuerdos y por las ideas, que no podian conseguir su objeto. Habiendo quedado aislado tras el abandono de objetos tan queridos, golpeaba la ribera con el pié, como un marino extranjero, cuyo enganche ha espirado, y que se encuentra sin patria ni hogar; ardia en deseos de arrojarme á nado en un nuevo océano para refrescarme al cruzar sus olas. Hijo del Pindo y cruzado en Solima (1), hallábame impaciente por ir á unir mi descanso al de las ruinas de Atenas, y mis lágrimas á las lágrimas de Magdalena.

Fuí á Bretaña á ver á mi familia, y de vuelta á París salí para Trieste el 13 de julio de 1806. Mad. de Chateaubriand me acompañó hasta Venecia, adonde fué á buscarla Mr. Ballanche.

Hallándose referida mi vida hora por hora en el *Itinerario*, nada me quedaria que decir si no tuviese que dar cuenta de algunas cartas desconocidas, recibidas y escritas en el curso y despues de mi viaje. Julian, mi criado y compañero, ha redactado tambien el *Itinerario* suyo á la sombra del mio, como los pasajeros de un buque llevan su diario particular en un viaje de descubierta. El pequeño manuscrito que pone á mi disposicion servirá de comprobante á mi narracion: yo seré Cook y él será Clerke.

A fin de dar mejor á conocer la manera con que se halla uno herido en el órden de la sociedad y en la gerarquía de las inteligencias, intercalaré mi narracion con la de Julian. Le dejaré hablar primero, porque se ocupa de ciertos dias de navegacion en que no le acompañé desde Modon á Smirna.

(1) Nombre dado por los antigus á Jerusalen.

ITINERARIO DE JULIAN.

«Nos embarcamos el viernes 1.º de agosto; pero no siendo favorable el viento para salir del puerto, permanecimos en él hasta el dia siguiente al amanecer. Entonces el práctico del puerto nos vino á decir que ya podiamos salir. Era la vez primera que me veia en el mar, y me habia formado una exagerada idea de sus peligros, pues no corrimos ninguno por espacio de dos dias. Pero al tercero se levantó una tempestad: los relámpagos, el trueno, en fin, una tormenta horrible engrosó la mar de una manera espantosa. Nuestra tripulacion se hallaba compuesta únicamente de ocho marineros, de un capitan, de un oficial, de un piloto y de un cocinero, ademas de cinco pasajeros, inclusos mi señor y yo; total diez y siete hombres. Pusímonos todos á ayudar á los marineros para plegar velas, á pesar de los torrentes de lluvia que caian sobre nosotros, habiéndonos quitado la ropa para obrar con mas libertad. Este trabajo me distraia, haciéndome olvidar el peligro que, hablando en verdad, es mas espantoso por la idea que uno se forma de él que por lo que es realmente en sí. Por espacio de dos dias las tormentas se sucedieron unas á otras, lo cual me endureció en mis primeros dias de navegacion: me hallaba enteramente tranquilo. Mi señor temia que me marease y que cayera malo; pero despues de esta prueba, me dijo:—«Ya estoy tranquilo por vuestra salud, y ya que habeis soportado tan bien dos dias de tempestad, podeis tranquilizaros con respecto á cualquier contratiempo.» Contratiempo que no tuvo lugar en el resto de la travesía hasta Smirna. El dia 10, que era domingo, mi señor hizo abordar cerca de una isla turca, llamada Modon, donde desembarcó para ir á Grecia. Entre los pasajeros que venian con nosotros habia dos milaneses que iban á Smirna para ejercer su oficio de hojalateros y fundidores de estaño. A uno de ellos, llamado José, y que hablaba bastante bien el idioma turco, habia propuesto mi señor si queria ir con él de intérprete. Díjonos este último que el viaje duraria muy pocos dias, y que se reuniria á nosotros en una isla por donde debiamos pasar dentro de cuatro ó cinco dias, donde nos esperaria si llegaba antes que nosotros. Como mi señor halló en aquel hombre lo que deseaba para aquel pequeño viaje (*de Esparta y de Atenas*), me dejó abordo para continuar mi camino hasta Smirna y para cuidar de nuestros efectos, y me dió una carta de recomendacion para el cónsul francés, para el caso de que no se reuniese á nosotros, lo cual sucedió efectivamente. El cuarto dia llegamos á la isla indicada; el capitan bajó á tierra, y no halló á mi señor. Pasamos toda la noche esperándole hasta las siete de la mañana, y el capitan volvió á bajar para prevenir que era forzoso partir, teniendo buen viento y hallándose obligado á dar cuenta de su travesía. Además habia visto una pirata que procuraba darnos caza, y urgia el ponernos cuanto antes en estado de defensa. Hizo cargar las cuatro piezas de artillería y subir sobre el puente todos los fusiles, pistolas y armas blancas; pero como el viento nos era favorable, el pirata desistió de su empeño. El lunes 18 á las siete de la tarde llegamos al puerto de Smirna.»

Despues de haber atravesado la Grecia, tocado en Zea y en Chio, me reuní con Julian en Smirna. Hoy dia veo á la Grecia en mi memoria como uno de esos

brillantes círculos que se perciben á veces cerrando los ojos. Sobre esta misteriosa fosforescencia se dibujan ruinas de una arquitectura delicada y admirable, y el todo se presenta mas esplendente aun por una especie de claridad que le prestan las musas. ¿Cuándo volveré á coger el tomillo del Himetto (1) y las adelfas de las orillas del Eurotas? Una de las personas que con mas envidia he dejado sobre esas riberas extrañas es el aduanero turco del Pireo; vivia solo, guardian de tres puertos desiertos, paseando sus miradas sobre las azuladas islas, sobre los brillantes promontorios y sobre los dorados mares. Allí no se oia otro ruido que el de las olas chocando contra la destruida tumba de Temistocles, y el murmullo de los lejanos recuerdos en el silencio de las ruinas de Esparta: la misma gloria permanecia muda.

En la tumba de Melerigenes dejé á mi pobre intérprete José, instalado en su tienda de hojalatería, y me dirigí á Constantinopla. Pasé á Pérgamo, deseando ir á Troya por compasion poética: una caida del caballo me detuvo en el camino, no porque Pegaso tropezara, sino porque yo dormia. He recordado este incidente en mi *Itinerario*: Julian lo refiere tambien y da noticias sobre caminos y caballos, de cuya exactitud salgo garante.

ITINERARIO DE JULIAN.

«Mi señor, que se habia dormido sobre su caballo, cayó al suelo sin despertarse. Detúvose el animal en el momento, y el mio que le seguia. Eché al instante pié á tierra para indagar la causa de esta detencion, porque me era imposible verla á la distancia de una toesa. Hallé á mi señor medio dormido al lado de su caballo, y admirado de verse en el suelo; me aseguró que no se habia hecho daño alguno. Su caballo no trató de alejarse, lo cual hubiera sido peligroso en un sitio enteramente rodeado de precipicios.»

Al salir de la Somma, despues de haber atravesado Pérgamo, tuve con mi guia una disputa, que refiere el *Itinerario*. Dice así Julian:

«Salimos muy temprano de este pueblo, despues de haber hecho provisiones. A muy corta distancia me admiré de ver á mi señor muy encolerizado contra nuestro guia; preguntéle la causa, y entonces me dijo que habia convenido con él en Smirna que al pasar le conduciria á las llanuras de Troya, y que en aquel momento se rehusaba á hacerlo, pretextando que se hallaban infestadas de ladrones. Mi señor no queria admitir excusa de ninguna especie, y á nada atendia. Como veia yo que cada vez se encolerizaba mas, hize señas al guia de que se acercase al intérprete para que me explicara el peligro á que nos exponiamos. El guia dijo al intérprete, que le habian asegurado que era menester ir en gran número para no ser atacados: lo mismo me dijo el genízaro que llevamos de escolta. Entonces fuí á reunirme con mi señor, y le repetí lo que me habian dicho los tres, y ademas, que hallariamos á una jornada de camino un pueblecillo donde habia una especie de cónsul que podria instruirnos de la verdad. Dicho esto se calmó un poco mi señor, y continuamos el camino hasta dicho punto. En cuanto llegamos fué á ver al cónsul, quien le explicó todos los peligros á que se exponia si persistia en la determinacion de ir con tan poca gente á las llanuras de Troya. Entonces vióse obligado á renunciar á ese proyecto, y continuamos nuestro camino hácia Constantinopla.»

Llegué á Constantinopla.

(1) Montaña á una milla de Atenas. (*N. del T.*)

MI ITINERARIO.

«La falta casi absoluta de mujeres, la de carruajes de rueda y los alborotos causados por los perros que no tenian amo, fueron los tres caracteres distintivos que me chocaron desde luego en aquella ciudad extraordinaria. Como no se camina sino en babuchas y no se oye el ruido de los coches ni de los carros, como no hay campanas ni casi ningun oficio de los que usan martillo, reina un no interrumpido silencio. Veis á vuestro alrededor un pueblo mudo, que parece querer pasar sin ser visto y que siempre procura ocultarse á las miradas de su señor. Pasais sin intervalo de un bazar á un cementerio, como si los turcos no estuviesen allí mas que para comprar, vender y morir. Los cementerios sin cerca y colocados en medio de las calles, están formados por magníficos bosques de cipreses; las palomas fabrican sus nidos sobre ellos, y comparten las paz de los sepulcros. En todas partes se descubren monumentos antiguos que no tienen punto alguno de contacto con los hombres de hoy ni con los actuales monumentos de que se hallan rodeados; diríase que han sido transportados á aquella ciudad oriental por un poder mágico. Ninguna señal de alegría, ninguna apariencia de felicidad se presenta á los ojos: lo que se ve no es un pueblo, sino un rebaño conducido por un Iman y degollado por un genízaro. En medio de las prisiones y de los baños elévase un serrallo, capitolio de la esclavitud. Allí un guardian sagrado conserva cuidadosamente los gérmenes de la peste y de las leyes primitivas de la tiranía.»

Julian no se pierde de esta manera en las nubes.

ITINERARIO DE JULIAN.

«El interior de Constantinopla es muy desagradable por su pendiente hácia el canal y hácia el puerto: vénse obligados á poner en todas las calles que bajan en esta direccion (muy mal empedradas por cierto), unas especies de diques para contener las tierras, que de otro modo arrastraria el agua. Hay muy pocos carruajes, y los turcos usan mas caballos de montar que las demás naciones. En el barrio francés hay algunas sillas de mano para las señoras. Tambien hay camellos y caballos de carga para el transporte de las mercancías: vénse asimismo muchos mozos de cordel ó palanquines, que llevan un palo muy largo y muy grueso; pueden colocarse hasta cinco ó seis á cada extremo de él y conducir así pesos enormes, llevando el paso con una gran regularidad; un solo hombre transporta un gran peso, y llevan tambien una especie de gancho sobre la espalda, en el que conducen fardos con un equilibrio admirable, sin sujetarlos con cuerdas.»

Desde Constantinopla á Jerusalen.

ME EMBARCO EN CONSTANTINOPLA EN UN BUQUE QUE CONDUCIA PEREGRINOS GRIEGOS A SIRIA.

MI ITINERARIO.

«Ibamos en el buque unos doscientos pasajeros, entre hombres y mujeres, ancianos y niños. Sobre los dos lados del entrepuente veianse colocadas otras tantas esteras. En aquella especie de república cada uno se arreglaba á su manera: las madres cuidaban de sus hijos, los hombres fumaban ó preparaban sus comidas, y los *papas* (2) hablaban unos con otros. Resonaban por todas partes los ecos de la bandurria, de los violines y de las liras. Unos cantaban, otros

(2) Palabra griega que significa padre y se toma en sentido de sacerdote. (*N. del T.*)